

¿Qué les pasa a nuestras chicas?



Roser Batlle
Ashoka Emprendedores Sociales
www.roserratlle.net

Recibieron una educación, en diversos aspectos, mucho mejor que la nuestra. Fueron a colegios mixtos, tuvieron maestras y maestros excelentes. Sus trabajos escolares fueron siempre mejores que los nuestros, sus libros de cuentos eran más bonitos, las películas infantiles que vieron, más variadas y estimulantes.

Su mundo fue, desde el principio, más abierto y cosmopolita que aquel que nosotras habíamos. Crecieron en familias dialogantes y cariñosas. Alimentamos decididamente -o eso creímos- su autoestima, su independencia, incluso su conciencia feminista.

La chica educada, independiente, abierta y que se iba a comer el mundo tiene miedo de quedarse sola si se planta

Sus resultados académicos siempre fueron más brillantes que los de los chicos. Crecieron con más alas que cadenas. Promocionaron a trabajos y carreras antes reservados a los hombres. Pensábamos que en el siglo XXI surgirían más Katherines Hepburns que Marylins Monroe. Las chicas habrían vencido el miedo a volar, a ser ellas mismas, a no depender de la protectora sombra del patriarcado.

Y, de repente, vemos que algo no funciona como estaba previsto. Vemos convertirse a la chica superwoman en objeto erótico de usar y tirar, encantada de conocerse; mostrando una sexualidad aparentemente libre y desinhibida pero siempre al servicio de los parámetros del varón. Imitadora patética de la patética Miley Cyrus, navegando a la deriva y sin brújula en cualquier San Fermín, cualquier discoteca, cualquier piso turístico, cualquier fiesta mayor mínimamente desmadrada.

Aparentemente amiga de la promiscuidad, en un momento dado la chica superwoman cambia de tercio y la vemos caer en una relación sentimental agobiante, posesiva, donde el chico sigue controlando las riendas de su vida, como les ocurría a nuestras abuelas en décadas pasadas.

Del “este chico la quiere mucho, está muy pendiente de ella...” pasamos al “¡no la deja respirar!”. Tal vez no hay maltrato físico, tal vez todo es mucho menos evidente y más sutil. Pero igualmente es dominación y nos deja perplejas.

La chica superwoman poco a poco se aleja de sus amistades y se centra casi exclusivamente en salir con su novio. Un día el chico empieza a ir a buscarla al trabajo y a mirar con desconfianza a sus compañeros. Está celoso y sufre, la quiere solo para él. La chica ve el sufrimiento de su pareja y se olvida de los celos. Llega a justificarle, a poner en duda si

ella no tiene también la culpa. Decide cuidarlo, protegerlo... adaptarse.

La vemos rodar pendiente abajo por una relación absorbente y nuestra primera reacción es considerarla víctima del chico, de la sociedad, del mundo mundial. Razones no nos faltan, porque, en definitiva, el rol social de la mujer sigue siendo, en buena medida, el de apoyo sexual y doméstico del hombre.

Pero por mucho que intentemos colocarla en este papel de víctima, nos asalta la duda de si ella no busca también una relación así. Y sobre todo, nos tortura una pregunta: ¿por qué?

¿Qué hicimos mal? ¿Qué lección de pedagogía progresista nos saltamos en su infancia sin saberlo? ¿En qué momento teníamos que habernos cuadrado y no lo hicimos? ¿Dónde falló la previsión? De hecho, en algún momento se nos encendió la luz de alerta.



Ilustración: Núria Frago

En la adolescencia frecuentemente la relación de noviazgo se instalaba antes que la de amistad. Se tenían novios antes de tenerlos como amigos. Estar sin novio era como un estado de carencia del cual había que salir lo antes posible.

En la juventud, sospechamos que no encuentra chicos que valgan la pena. Todos parecen más infantiles o inmaduros. Pero no hay otra cosa, y, habiendo aprendido en la etapa anterior que hay que tener pareja para ser feliz, la chica superwoman baja el listón de exigencia y se acomoda a lo que había. O sea, poco.

A la que vemos una crisis hablamos con ella. Hay que aprovechar ahora que lo ve claro, pensamos. Y la verdad es que al principio la vemos decidida a cortar por lo sano. Uf, al fin se librará de él, suspiramos. Pero no va a ser tan fácil. Poco a poco sus

reflexiones se van escurriendo dando vueltas, como el agua en un desagüe, hacia el volver a intentarlo.

Del “también tenemos buenos momentos y yo también tengo mis cosas”, avanzamos a la confesión más profunda: “no quiero quedarme sola”. Nos deja heladas, perplejas. Al final, el fantasma de la soledad. Era eso. La chica educada, independiente, abierta y que se iba a comer el mundo tiene miedo, en una primera etapa, de no ser suficientemente abierta, marchosa y desinhibida para agradar a los chicos y, en una segunda etapa, tiene miedo de quedarse sola si se planta y le dice al chico posesivo que adiós muy buenas.

Si la relación enfermiza se prolonga, al miedo a la soledad se le añade el miedo al fracaso personal. Mucho miedo junto para que se esfume rápido. Demasiado.

Creo que lo hicimos lo mejor que supimos. La verdad es que apostamos por entornos estimulantes, por estrategias indirectas que, de manera natural, estimularían la autoestima y la independencia de las chicas. Pensábamos que si crecía en este ambiente educativo, estaría a salvo de convertirse en una mujer sumisa, y, además, nuestra sociedad había cambiado mucho, ya no era la sociedad patriarcal de nuestra infancia.

Pero quizá sean necesarios procedimientos algo más directos, porque ciertamente la presión ambiental por mantener el rol tradicional de la mujer es todavía muy fuerte. De entrada, deberíamos denunciar la cultura ultraerotizada que rodea a las jóvenes como conservadora y totalitaria, disfrazada con una apariencia fresca y divertida que despista.

Quizá sean necesarios procedimientos algo más directos porque la presión ambiental por mantener el rol tradicional de la mujer es todavía muy fuerte

Deberíamos poner nombre a las manipulaciones sutiles, señalar y denunciar sin ambages los peligros de compartir afectos con quien se cree sencillamente propietario, dueño y señor de nuestras vidas.

Y deberíamos decir claramente a nuestras chicas lo que esperamos y por qué, mostrando un poco más de beligerancia, de militancia feminista o, sencillamente, de amor propio. No hay que bajar la guardia. Si cedemos, podemos llegar a ser víctimas y verdugos de nosotras mismas.